

**Edna Pozzi**

**AMANEZCO**

I

Y nunca despertarme  
bella como una espiga  
y con el sol de frente  
Sabiendo que al final  
de esta preciosa luz  
todo habrá terminado.

II

Deben ser leídos con delicadeza y tacto  
Son signos del sueño  
aún no embestidos por el viento frontal  
del mediodía.

III

Es jade y plata  
Las sinuosas venas de la vida  
descubriendo un alma  
con olor a leche  
recién derramada.

IV

Recojo por la playa  
los palitos de incienso y oro  
que sahumaron  
las ceremonias de las horas calladas  
Va a crecer el sol Va a devolverme a la noche más atroz  
aquella en que mi cara no lo refleja  
sino como una triste hilacha de carbón  
Un desaforado habitante de las ruinas.

V

Jura que no me moveré del sol  
hasta que las altas hierbas giman  
con el ladrido de los perros  
Oh, mi furtivo amante  
entre cerrojos  
cuánto debes esperar  
hasta que la flor se cierre  
y oigas mi silbido  
trepando la casa encalada  
donde proteges delicadamente

tu muerte  
entre visillos de encaje  
y platos de porcelana azul

VI

Hay demasiada luz  
entre esas dos palomas  
Al parecer sostienen  
una taza de plata  
o una hebra rosada  
donde está sostenida la tristeza.

## JOSÉ EN EL PÁRAMO

Tu lámpara judía mece un largo cansancio.  
Hay bailarines en una esquina del ghetto  
que muestran al danzar viejas lastimaduras  
y un niño pisa lágrimas furtivas  
entre papeles,  
con delicada precisión elige las cenizas del llanto,  
la sabia disposición de la tristeza.  
Oh, cuando amanecerá al fin,  
lejos de esa criatura ametrallada finamente  
recostada en la puerta de la noche  
que nos mira sin odio, pisando  
un vaso de cristal que tenía violetas  
y el tiempo en que mamá cantaba,  
leía las noticias y cantaba.  
Tu lámpara judía mece un largo cansancio.  
Si ese niño corre entre las banderas  
del crepúsculo,  
cómo despedirlo,  
con qué levísimo corazón de junio  
despedirlo,  
para que muera sabiamente entre los libros antiguos  
en el sonido de una trompeta que desgarrar  
los ruidos  
en los dientes de esa mujer de ágata fundida  
que espera en el bosque  
con el pelo cubierto de hojas y cuchillos.  
Tu lámpara judía mece un largo cansancio.

Oh, si él dejara de caminar  
entre juguetes terribles y alguien hablara de la miel y las abejas  
y en el templo el cántico creciera  
como una frialdad rumorosa, una exacta alegría  
y amaneciera de improviso,  
al fin amaneciera  
con un rayo de luz sobre un poema de Ungaretti:  
De otros diluvios una paloma escucho.